



El doctor Charcot, durante una sesión clínica en la Salpêtrière, presenta a sus alumnos un caso de histeria.

Una aproximación feminista

LA MUJER EN LA PRACTICA PSIQUIATRICA

CARMEN SAEZ BUENAVENTURA

LA mujer ha ido penetrando como profesional en el ámbito de la psiquiatría a lo largo de este siglo. En la actualidad se halla representada, tanto en el sector público como en el privado, minoritariamente respecto al varón, como es habitual, pero en más alto porcentaje que en otras áreas de la Medicina (junto con pediatría, análisis clínicos, ginecología y Medicina general) referidas a nivel mundial (1).

En España significamos el 10,21 por 100 respecto a profesionales de esta especialidad. En Estados Unidos, del 11 al 12 por ciento, y en China, aproximadamente un 18 por 100.

En algunos países, incluso, comienzan a oírse voces que tratan de auspiciar una mayor afluencia femenina en el campo psiquiátrico; sin embargo, su sonido nos recuerda, de manera sospechosa, los cantos de sirena dirigidos tantas veces a la mujer (valga el contrasentido), con la finalidad de perpetuar el rol tradicional que se le asigna en una sociedad patriarcal, pero recubierto de la envoltura atractiva que los nuevos tiempos precisan, para que el producto sea aún más vendible y consumible por las propias mujeres.

Han transcurrido aproximadamente cincuenta años desde que

(1) Ver TRIUNFO número 727: "Las mujeres médicas".

Freud afirmase: "La mujer posee un conocimiento más sutil de los procesos mentales inconscientes" (2); y después de este medio siglo, y en el mejor de los casos, oímos proclamar:

"Quizá por 'inclinación natural y temperamento' las mujeres son especialmente capaces con las gentes trastornadas. Son excelentes médicos y excelentes psiquiatras. Están mejor dotadas que los hombres de calidez humana, empatía y capacidad para la comprensión de las emociones".

"Por su absoluta singularidad de ser 'hembras, madres o madres potenciales, son curadoras naturales'; dotadas de una gran cantidad de paciencia, deben ser consideradas como muy apropiadas para la especialidad psiquiátrica, por ser criaturas intuitivas y empáticas por naturaleza" (3).

"Desde el punto de vista 'biológico', la evidencia ha demostrado, que tienden a adaptarse mejor a muchos de los requerimientos sedentarios de la psiquiatría (4), especialmente de la psicoterapia... Tienden a ser más intuitivas que

(2) Sigmund Freud: "Psicopatología de la vida cotidiana". Obras completas. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.

(3) May Romm: "Women in Psychiatry". Jour. Am. Med. Women's Assoc., 1969.

los hombres y a funcionar mejor, respecto a una capacidad de 'nutrición y crianza', lo cual se precisa tan a menudo en psicoterapia" (4) (5).

Estos comentarios, y otros varios de contenido similar, que por su indudable comicidad en un cierto plano podrían agruparse bajo el título de "Mujer psiquiatra; nodriza mental", muestran en otro sentido realidades más serias de lo que a primera vista parece y que implican no sólo a la mujer, sino también el concepto de enfermedad mental, poniendo de manifiesto que el biologicismo, como ángulo de enfoque respecto a la femineidad, es el único posible todavía para la mayoría de las gentes y que para la comprensión del enfermo psíquico muy pocos son los que en el mundo de occidente han sabido desprenderse de la idea ético-moral de que se trata de un menor extraviado (la consecuencia de una mala asimilación de las normas que difunde la familia patriarcalmente estructurada), para cuyo reajuste se hace precisa una **recrianza**, llevada a cabo por **padres especializados** y **madres altamente cualificadas**, o lo que es lo mismo: los y las psiquiatras, respectivamente.

(4) *Ibidem*.

(5) Los entrecorridos y las admiraciones son míos.

Es decir, continuamos de espaldas a realidades ajenas a nuestros propios esquemas, que, sin embargo, sirven de motor a millones de individuos, como si ignorándolas no existiesen y por lo tanto no pudieran ofrecernos alternativas válidas; y por práctica psiquiátrica continuamos concibiendo una cierta táctica moral-patriarcal, conservada dentro de los ritos del asilo y recubierta por los mitos del positivismo, que cuando resulta trascendida por el psicoanálisis en algunos sectores confiere al psiquiatra, individualmente, todo el poder que la institución retiene para sí frente al enfermo (siguiendo el discurso de Foucault).

"Cualidades psicológicas" femeninas

Pero, entonces, ¿qué es, en qué consiste ese **sexto sentido**, esa **empatía**, esa **calidez humana** o esa **mejor dotación para la comprensión de las emociones**, que especialistas y profanos atribuyen a la mujer, como si ello fuese producto, o bien del misterioso y polivalente cromosoma X, o bien de un don "extra" de la Naturaleza generosa?

A mi juicio, no es sino la consecuencia de la situación de opre-

slón y aislamiento social en que ha estado recluida durante siglos y la precariedad vivida a todos los niveles, en que se ha desvirtuado, las que le han obligado a aguzar y aumentar la disponibilidad de sus dotes naturales, respecto a su entorno, ante el deseo o la necesidad de sobrevivir y dominar, de algún modo, un medio que le es desfavorable, porque no se la ha preparado para él. Como el ciego que llega a convertir su bastón blanco en una auténtica pantalla de radar, o como los grupos étnicos minoritarios, o como los niños, o como el pícaro de la novela del Siglo de Oro Español, o como el Arlequín de la Comedia de l'Arte Italiana, la mujer hace uso de su capacidad de observación, hipotrofiada por la utilización constante, y contrasta sus hallazgos con la resonancia que adquiere en sí misma la propia experiencia vivida, como individuo marginado. De ahí que esta perspicacia especial o más aguda intuición estén referidas, por lo común, a los fenóme-

desvincularse, sólo a través de un título profesional, de todo un pasado como individuo; es decir, como subalterno, como secundón del sistema?, ¿y cómo llevar adelante su práctica con otras mujeres (u hombres), sin comprometerse con ellos en una auténtica lucha por la búsqueda de sus raíces más originales, menos desvirtuadas? Para intentar responder a estas preguntas creo necesario retrotraernos, casi un par de siglos cuanto menos, y recorrer junto con la mujer su trayectoria como profesional respecto a la locura.

La práctica en las instituciones

Dada la estructura peculiar de los centros, donde los enfermos mentales han permanecido confinados en heterogénea mezcolanza con otros parias de la sociedad, durante centurias, y dado que esta estructura no empezó a intentar

Kraepelin, Wagner von Jauregg, etcétera... y Freud, en la que la psiquiatría tiene aún, esencialmente, un marcado carácter organicista. La posibilidad de trabajo de las psiquiatras en los manicomios se reduce al plano teórico, ya que el acceso a los puestos clínicos les está vedado. Pero estalla la guerra, y una vez más es esta lamentable coyuntura la que permite a la mujer, en general, incorporarse a los lugares abandonados por los hombres llamados a filas y a las psiquiatras, en particular, acceder a los cargos hasta entonces inaccesibles para ellas.

El caso de Helène Deutsch es ilustrativo al respecto: en 1914 llevaba alrededor de nueve años trabajando en Viena en la clínica psiquiátrica de Wagner-Jauregg (la más acreditada de todo el imperio austro-húngaro), estimada y respetada por quien sería el único Premio Nobel de Psiquiatría, hasta la actualidad. Pues bien, hasta el comienzo de la primera conflagración mundial no pudo ocupar el puesto

vés del psicoanálisis (7). Por ello es razonable pensar que las barreras infranqueables para que la mujer ejerciera profesionalmente en las instituciones debió ser un factor de influencia importante, en cuanto a su acercamiento a la escuela freudiana, aparte del innegable atractivo, que sin duda supuso la naciente teoría psicoanalítica.

De hecho, casi la totalidad de aquellas cuyos nombres nos son conocidos a través del primer cuarto de siglo, se convirtieron en terapeutas, gracias a la técnica y los pacientes que Freud les fue proporcionando para su práctica privada (una y otra vez el ámbito privado, como única alternativa para la mujer). Por otra parte, parece que el creador del psicoanálisis fue siempre especialmente considerado y amable con sus discípulas, a las que nunca llegó a percibir como rivales, hecho que tan a menudo temió de sus colaboradores varones. Quizá esto fue así porque jamás admitió ninguna posibilidad creativa en la mujer.



La doctora Helene Deutsch: un caso flagrante de discriminación en los primeros años de la psiquiatría.

nos que se derivan de las relaciones interpersonales (los afectos, las emociones, etc.) a nivel individual. Por eso, que no suele rebasar los límites de lo personal, de lo humano en su sentido menos científico y técnico, más que en el caso de una preparación específica en la esfera social. Por eso quizá se hable, sólo que refiriéndolo torpe o interesadamente a su calidad de mamífero hembra, de sus buenas posibilidades para desenvolverse en el ámbito de las relaciones subjetivas, de los conflictos psíquicos, de los límites entre la adaptación ("cordura") y la inadaptación ("locura").

¿Qué se pretende entonces de la mujer como psiquiatra o, más ampliamente, como trabajadora de la salud mental? ¿Cómo puede

modificarse en algún sentido (al menos, en el de evitar la promiscuidad entre vagabundos, criminales, etc., y enfermos mentales) hasta la Proclamación de los Derechos del Hombre (6), no es hasta finales del siglo XVIII cuando tiene lugar el advenimiento de la figura del médico, como personaje esencial del asilo, y hasta finales del XIX y primeros años del actual no sabemos de la existencia de ninguna mujer psiquiatra en las instituciones, al menos en Europa.

Es la época de grandes padres de la psiquiatría, como Charcot,

(6) El único derecho que obtuvieron los locos fue el de continuar encerrados, pero "sólo con otros locos". La mujer no obtuvo proclamación de derechos de ninguna índole.



Las psicoanalistas contribuyeron como sus colegas masculinos a mantener los roles establecidos por la sociedad patriarcal.

de ayudante encargada de la sección de mujeres; pero como quiera que ésta era una situación ilegal, cuando abandonó la clínica, para incorporarse al círculo psicoanalítico de Freud, Wagner-Jauregg le extendió un certificado, acreditando que la doctora Deutsch había desempeñado el cargo de "casi" ayudante.

La influencia del psicoanálisis

Pero el caso de H. Deutsch no fue una excepción. Fueron la mayoría las mujeres que entraron en contacto con cierto espectro de las enfermedades mentales, a trá-

excepto en el plano biológico.

De esta manera, nos encontramos a los psicoanalistas, y lo que es más decisivo, a las psicoanalistas, contribuyendo, de manera trascendental, a través del análisis, en el mantenimiento y difusión de los roles establecidos por la sociedad patriarcal, en que la mujer se encuentra inferiorizada a todos los niveles.

Por supuesto, no es mi inten-

(7) Debemos recordar que no todos los psicoanalistas discípulos de Freud fuesen psiquiatras precisamente. En realidad, la mayor parte carecía de conocimientos específicos e incluso de experiencia alguna en el tratamiento de los enfermos mentales. Como todos sabemos, el mismo Freud procedía del campo de la neurología.

LA MUJER

ción negar el aporte decisivo que la teoría psicoanalítica ha significado en los ámbitos de la psicología y la psiquiatría, y su valiosísima contribución para una más amplia y profunda comprensión de los procesos mentales, tanto normales como patológicos. Pero si considero que la ceguera que la caracteriza, en cuanto a los fenómenos sociológicos y culturales (utilizando el término "cultura" en su más global acepción), ha proporcionado una imagen del hombre, amputada en aquellos sectores que la son característicos y definitorios, incluso en una concepción tradicional de los comportamientos según el sexo, y respecto a la mujer ha contribuido a fortalecer, magnificándolo, el prejuicio general de su *minuvalía*, esgrimido a ultranza por la ideología dominante.

Se me dirá por parte de algunos que Freud no pudo más que reflejar la sociedad de su tiempo, dar testimonio del puritanismo de la Viena de su época, etcétera, etcétera. En este sentido, creo importante recordar que esta ciudad, donde vivió la mayor parte de su vida, ya en la primera década del siglo actual existía un potente movimiento feminista, secundado y apoyado por un amplio sector de mujeres, casi todas judías; que ya en 1913 se celebró en el vecino Budapest un Congreso Internacional de Mujeres Feministas; que en 1980 Freud tradujo al alemán "Sobre el sometimiento de las mujeres", de John Stuart Mill, considerando a su autor como un idealista y utopista; y que tampoco el marxismo era algo desconocido para nuestro personaje. Ya en 1908, Adler (que junto con Young y el propio Freud constituyeron la tríada famosa del psicoanálisis de los primeros tiempos) había expresado que el complejo de Edipo era culturalmente específico del capitalismo; y en la Viena superviviente de la guerra del 14 se había instaurado el austro-marxismo como una práctica y una teoría distintas a la política y al sindicalismo de orientación estatal de la socialdemocracia de principios de siglo (8).

Hecha esta salvedad, y en mi opinión, la teoría psicoanalítica, como producto científico acríptico de la ideología capitalista, se ocupa de unos hombres y mujeres de una determinada clase social (burguesía y alta burguesía), conformados previamente por el sistema, como los *hombres y mujeres* "por excelencia"; sin poder o querer percibir que los comportamientos a los que alude y los hallazgos que se derivan de ello están referidos al comportamiento impuesto por el propio sistema y no a lo esencial del individuo, como parece pretender el psicoanálisis, refiriéndose constantemente a los supuestos e insondables instintos.

(8) Juliet Mitchell: "Psychoanalysis and Feminism".



No es posible pretender adentrarse en los conflictos, los temores, las esperanzas de las enfermas mentales, desde una óptica "masculina" o "masculinista".

Está haciendo referencia, a fin de cuentas, a aspectos secundarios, cuyo origen se encuentra en el carácter que imprimen la ideología y las relaciones sociales dominantes a todos los individuos, desde su nacimiento, y a través de toda su historia.

En consecuencia, y como toda ciencia que se dedica a la investigación de aspectos parciales del sistema en el poder, dejando intactas sus estructuras básicas, el psicoanálisis "ortodoxo" se convierte en un instrumento más de la clase hegemónica, proporcionando a ésta los medios para subsanar ciertos aspectos deficitarios, prescribiéndole así la posibilidad de crearse una mejor imagen, tras la cual continuar ejerciendo la misma opresión con modales renovados, o mejor, una opresión más intensa, pero más sutilmente encauzada, gracias a la incorporación de los métodos que la nueva ciencia le ofrece, facilitando la perpetuación del sistema de clases y/o sexos.

Creo que la actitud más encomiable de Freud, respecto a la mujer, es la que adopta cuando admite no entenderla, considerarla un misterio, un enigma. Lo demás, según mi criterio, son un cúmulo de juicios valorativos, inferiorizantes y perfectamente gratuitos, ya que van a adjetivar algo, cuya naturaleza le es inaprehensible, pero sobre lo que la sociedad ya se había pronunciado previamente, degradándolo.

Por ello, considero que el gran error científico de la teoría freudiana fue partir de premisas ya dadas y no discutidas, en lugar de arrancar de aquel punto cero del desconocimiento, respecto a una realidad concreta: la mujer, intentando el análisis de todo un pasado histórico.

Alternativa posible

De esta forma, y como quiera que la mujer continúa siendo el secundón del sistema, subalterno se la considera como individuo sa-

no, subalterno es cuando se adentra en la locura y como subalterno se la percibe cuando se convierte en técnico o trabajadora de la salud mental. Y como conviene al sistema dominante que así sea, la toma de conciencia de su situación real como individuo, de la profesional que recibe un certificado de aptitud, de manos de la clase hegemónico-masculina, es tan dudosa como la autoaceptación de su negritud, por parte del africano que recibe ciertas prebendas del colonizador blanco. En los dos casos ambos suelen aliarse con el poder y defienden su ideología, creyendo así participar del mismo, sin percibir que son objeto de utilización y manipulación constantes por parte de aquél. De esta suerte, se cierra el círculo vicioso, sólo posible de romper mediante una actitud crítica, solidaria y organizada entre las víctimas de esta explotación.

Lo que llamamos *práctica psiquiátrica* (desde la "liberación" de los enfermos mentales y su confinamiento en los asilos hasta nuestros días) no es sino el intento de resocialización de aquellos individuos que han abandonado o se han excedido en el cumplimiento de las pautas establecidas y su reaceptación de la norma social, o lo que es lo mismo, *su retorno a la salud mental*. Por ello no es posible para las trabajadoras de la psiquiatría (víctimas asimismo del espíritu segregacionista del sistema) colaborar en la perpetuación del mismo, optando acriticamente, respecto a las gentes motivo de su tarea, por las mismas soluciones que promueve la clase en el poder (9). No pueden preconizar la reaceptación de los roles sexualmente establecidos (morales, socioeconómicos, etcétera) patógenos en tantos casos como índices

(9) A este respecto es ilustrativa la suerte que correspondió al Servicio C-Mujeres en el Hospital Psiquiátrico de Gorizia (Letizia Jervis Comba: "C-Mujeres: el último servicio cerrado", en "La institución negada").

válidos de salud, siguiendo un baremo clasista y sexista, igualmente discriminatorio para ellas mismas. Y mucho menos es posible pretender adentrarse en los conflictos, los temores, las esperanzas de las enfermas mentales, desde una óptica "masculina" o "masculinista", ya sean mujeres u hombres quienes adopten esta perspectiva. Siendo juez y parte de este tipo de problemática, tanto fuera como dentro del manicomio, no es posible propalar sobre la base de semejante malentendido un concepto de salud mental femenina, que ronda los lindes de lo que se considera locura en el varón, ni aceptar los conceptos sobre enfermedad mental que nos vienen dados desde el poder a la vez que los medios (personas o sexos) para curar la locura así fabricada.

Bajo estos presupuestos, creo que el hecho de que la clase hegemónica tolere e incluso propicie la presencia de mujeres en determinadas profesiones, por considerar éstas ligadas al área del "maternaje" o la "feminidad", puede ser incluso beneficioso. A mi juicio, lo fundamental es que cuantas nos encontramos en ellas sepamos claramente cuáles son nuestros orígenes y luchemos no por conservar incólumes y al modo tradicional ("viril") aquellos sectores que se nos confían para su conservación, sino para poner en crisis los métodos que el sistema capitalista y patriarcal utiliza para oprimirnos y convertirnos en instrumentos opresores de otras/os muchos. Mediante esa labor crítica y política a la vez, esos reductos desde los cuales la ideología dominante se reproduce a sí misma, pueden convertirse en plataformas reivindicativas, que propicien una vida más justa, para un mayor número de seres humanos, a la cabeza de los cuales debemos considerar a aquellos que estuvieron más olvidados e indefensos a lo largo de la Historia: la mujer y las (los) enfermas mentales. ■ C. S. B.